

## **Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta**

Valeria Manzano\*

Este artículo reconstruye la emergencia del fenómeno juvenil en la Argentina. Como lo han señalado los historiadores que han trabajado sobre Norteamérica y Europa occidental, antes que un estadio biológico la juventud es una categoría sociocultural que se constituyó en relación con la expansión de la escolarización y la cultura del consumo, entre otros procesos.<sup>1</sup> Las historias de la juventud en aquellos países reconocen una inflexión en la segunda postguerra, cuando la combinación de crecimiento demográfico y afluencia económica dio como resultado al *teenager* y a sus sucesores más contestatarios de los sesenta.<sup>2</sup> Menos numerosos y sin disfrutar de la afluencia al igual que sus pares en los países centrales, los jóvenes también estuvieron en el centro de una profunda, aunque ambivalente, modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta. “Hasta ese entonces había jóvenes,” escribió Juan Carlos Torre, “pero no juventud.”<sup>3</sup> Este artículo muestra que en la medida en que la autoridad atribuida al pasado y a la tradición se erosionaban, la juventud ganó relevancia como promesa de cambio. En ese contexto, diversos actores proyectaron sobre la juventud sus temores y expectativas en torno al cambio, mientras fueron los jóvenes quienes vivieron más cabalmente la modernización sociocultural.

---

\* Este artículo recupera ideas y materiales que trabajé en mi tesis doctoral, “The Making of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality, 1956—1976” (History Department, Indiana University at Bloomington, 2009). Juan Carlos Torre leyó paciente y sagazmente versiones anteriores de este manuscrito: a él y a los lectores anónimos de la revista va mi más profundo agradecimiento.

\*\* IDAES—UNSAM, Paraná 145, 5º Piso, Ciudad de Buenos Aires, 1017, amanzano@umail.iu.edu

<sup>1</sup> Entre los estudios pioneros, John Gillis, *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1700-Present*, New York, Academic Press, 1974; Paula Fass, *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*, New York, Oxford University Press, 1977; Michel Mitterauer, *A History of Youth*, Oxford, Blackwell, 1986.

<sup>2</sup> Ver, entre otros, Grace Palladino, *Teenagers: An American History*, New York, BasicBooks, 1996; Jean-François Sirinelli, *Les baby boomers: Une génération (1945-1969)*, Paris, Hachette Littératures, 2003; Paolo Sorcinelli and Angelo Varni, eds., *Il secolo dei giovani: Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, Bologna, Donzelli Editore, 2005; David Fowler, *Youth Culture in Modern Britain, c. 1920-1970*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2008.

<sup>3</sup> Juan Carlos Torre, “Transformaciones de la sociedad argentina,” en Roberto Russell, ed., *Argentina 1910-2010: Balance del siglo*, Buenos Aires, Taurus, 2010, 215.

Antes que detenerse en la politización o en las prácticas contraculturales—temas que han atraído la atención de otros estudiosos de la década de 1960—esta reconstrucción de una historia de la juventud y de los jóvenes rastrea sus vínculos con otros aspectos claves de las dinámicas modernizadoras.<sup>4</sup> Tras revisarse la eclosión de un debate público en torno a la juventud, este artículo analiza la ampliación de la matriculación escolar y universitaria, la extensión de espacios de ocio y consumo—y la concomitante “juvenilización” de la cultura de masas—y las formas en que estos desarrollos se imbricaron con la redefinición de las relaciones de género y de la moral sexual.<sup>5</sup> El énfasis en la historia de los jóvenes y en estas dimensiones menos estudiadas en las narrativas sobre la década de 1960 permite entrever que ésta estuvo teñida por rasgos autoritarios y conservadores, más extendidos que lo sugerido por la noción de “bloqueo tradicionalista” con la cual Oscar Terán se refirió a los efectos que el golpe militar de junio de 1966 habría impuesto “desde arriba” sobre una sociedad deseosa de cambios.<sup>6</sup> Analizar las ambivalencias de las dinámicas modernizadoras también permite avanzar en la comprensión de la formación de una “cultura contestataria” que en el filo de los setenta puso en cuestión el conservadurismo cultural y la represión que acompañaron, condicionándolas, a las expectativas modernizadoras.<sup>7</sup>

### Hacia la Argentina de 1980

Entre 1958 y 1961, *La Razón* informó sobre 170 conferencias cuyo tema principal era “los jóvenes de hoy”—un tema que se ligaba con la percepción de cambios políticos y socioculturales

---

<sup>4</sup> Para la emergencia de culturas juveniles y especialmente de prácticas contraculturales, Sergio Pujol, *La década rebelde: los sesenta en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2000. Otros historiadores han trabajado sobre prácticas contraculturales en México y Brasil, ver Eric Zolov, *Re-Fried Elvis: The Rise of a Mexican Counterculture*, Berkeley, University of California Press, 2000; Christopher Dunn, *Brutality Garden: Tropicalia and the Emergence of a Brazilian Counterculture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

<sup>5</sup> En estos últimos sentidos, ver especialmente Isabella Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta: Una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

<sup>6</sup> Oscar Terán, *Nuestros años sesenta: la formación de una izquierda intelectual en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

<sup>7</sup> Tomo la noción de una cultura juvenil contestataria de Alejandro Cattaruzza, “Un mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta,” *Entrepasados* No. 13, 1997, 67-76.

rápidos encapsulados en la expresión “crisis de nuestra época”. Esos eventos tuvieron lugar en escuelas, parroquias o sindicatos, atrayendo miles de participantes que escuchaban a educadores, psiquiatras o psicólogos, y sacerdotes.<sup>8</sup> Los conferencistas enmarcaban sus reflexiones sobre la juventud en la certeza que la Argentina atravesaba una coyuntura de inestabilidad, una “crisis de nuestra época”. Popularizada en las conferencias y en la prensa, Gino Germani la definió como “una era de transformaciones no solo de las circunstancias que nos rodean sino de nosotros mismos, de las formas en que sentimos y pensamos”. Esa crisis afectaba a las formas de estructuración de la sociedad, a la política, y a la moral y la cultura. Al analizar cómo funcionaba en estos últimos niveles, Germani subrayaba que “la gente ya no está dispuesta a aceptar consciente y racionalmente lo que antes aceptaba sin dudar”. Esa crisis implicaba una transición desde normas, valores y formas de vida tradicionales hacia otros modernos, y generaba dilemas muchas veces expresados en la arena política o en las relaciones interpersonales.<sup>9</sup>

A la hora de caracterizar la transición que se creía en marcha, los cambios en la vida familiar pasaron al primer plano. Germani y sus colaboradores, por ejemplo, encontraron que las familias de sectores medios y obreros en las áreas urbanas, en contraposición a las de migración reciente al Gran Buenos Aires desde áreas rurales, eran nucleares y más pequeñas, además de estar dotadas de un “clima más igualitario, con menos autoritarismo paterno, y mayor importancia de la esposa y los hijos”.<sup>10</sup> Esas pautas eran el resultado de una transición sociocultural más abarcadora y a la vez eran vistas como el libreto ideal para socializar a nuevas generaciones en

---

<sup>8</sup> El cálculo y la descripción están basados en la consulta sistemática de *La Razón*, entre el 1 de enero de 1958 y el 31 de diciembre de 1961. El vespertino generalmente incorporaba las transcripciones de las charlas. De acuerdo a los datos del Instituto Verificador de Circulaciones, *La Razón* vendía un promedio de 450.000 copias por día.

<sup>9</sup> Gino Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” [1956], en *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, 233-4. Ver Alejandro Blanco, *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, 83-186.

<sup>10</sup> Gino Germani, “La familia en transición en la Argentina”, en *Política y sociedad*, 262-4. Ver también Ana María Eichelbaum de Babini, *Estatus socioeconómico y crianza de niños*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965 y Regina E. Gibaja, “Actitudes hacia la familia entre los obreros industriales argentinos”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, 3:3, noviembre de 1967, 411-29.

espacios no autoritarios. Así lo entendían también algunos miembros de la cada vez más popular disciplina de la psicología. Como lo destacó Mariano Plotkin, el discurso “psi” fue una clave interpretativa crucial con la cual los sectores medios intentaron captar los cambios que atravesaban.<sup>11</sup> Pionera en psiquiatría infantil y, desde 1958, profesora de Psicología Evolutiva en la carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Telma Reca se erigió como una de las voces más autorizadas en familia y adolescencia.<sup>12</sup> Otra voz prominente fue la de la psicóloga Eva Giberti, por entonces esposa del pediatra Florencio Escardó. Creadora de “Escuela para padres”, una experiencia que desarrolló en sus columnas en diferentes medios así como en conferencias, Giberti buscaba entrenar a aquellos “ansiosos por aprender a ser padres en familias distintas a la que habían sido criados, con hijos distintos a lo que ellos habían sido”.<sup>13</sup>

Estas profesionales proyectaban sobre los jóvenes la esperanza de atravesar con éxito la “crisis de nuestra época”. Así, Reca anunciaba a los padres que la “rebeldía adolescente” estaba biológica y psíquicamente determinada y le daba la bienvenida ya que podía “ayudarnos [a los adultos] a abandonar el autoritarismo que todavía mostramos”.<sup>14</sup> Como Reca, Giberti veía en la “crisis adolescente” una chance de erosionar prácticas autoritarias. A su juicio, la “brecha generacional” hacía que la comunicación entre padres e hijos se volviera cada día más difícil, y recomendaba a los padres no culpar a los adolescentes, ya que ellos enfrentaban dos crisis, “la de

---

<sup>11</sup> Mariano Plotkin, *Freud en las pampas: Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, 117.

<sup>12</sup> Para una descripción de la carrera de Telma Reca, ver Silvia Fendryk, *Psicoanalistas de niños*, vol. 3, Buenos Aires, Letra Viva, 2006, 61-75.

<sup>13</sup> Entrevista personal con Eva Giberti, 1 de agosto de 2008. Para el rol de Giberti como difusora del psicoanálisis y sus concepciones de familia, ver Plotkin, *Freud en las pampas*, 169-75; Isabella Cosse, “Argentine Mothers and Fathers and the New Psychological Paradigm of Child-Rearing (1958-1973)”, *Journal of Family History*, Vol. 35, No. 2, 2010, pp. 180-202.

<sup>14</sup> “El hijo no es un hombre que está solo y espera”, *La Razón*, 22 de mayo de 1957, 7; “El mundo de la adolescencia”, *La Razón*, 22 de diciembre de 1959, 13; ver también, “Actitudes del joven frente a la vida”, *Nuestros Hijos* No. 68, septiembre de 1960, 8-10 y “¿Es su hijo normal?”, *Leoplán* No. 656, 6 de diciembre de 1961, 11.

su edad y la de nuestra época”.<sup>15</sup> Ambas veían en esa doble crisis una oportunidad: viviendo su “rebelión normal” los adolescentes obligaban a los adultos a repensar su autoridad, una tarea en la que necesitaban “consejo experto”. Para Reca y Giberti—y para muchos otros en el mundo, como Erik H. Erikson—los jóvenes eran agentes involuntarios para producir cambios profundos en la familia, la cultura y la política.<sup>16</sup>

Aunque las más destacadas en los medios y la academia, esas voces no eran las únicas. Partiendo también del diagnóstico de una “crisis de nuestra época”, desde su creación en 1951 las Ligas de Madres y Padres proponían defender a la familia, que veían amenazada por el efecto de los medios, el ingreso de las mujeres al trabajo extra doméstico, y el cercenamiento de la autoridad del padre sobre la esposa y los hijos. Como sostenía el sacerdote Manuel Moledo, consejero de las Ligas, los jóvenes vivían en hogares donde “hasta la madre critica al padre frente a los hijos”, y se lanzaban mal equipados a disfrutar de “música, literatura y películas cada vez más sensuales”.<sup>17</sup> Pero los peligros no terminaban allí. En 1960 las Ligas participaron de la creación de la Organización Americana de Salvaguarda Moral, un ente que sostenía que la interacción juvenil en “ambientes sensuales” era terreno fértil para la “infiltración comunista”.<sup>18</sup> Ante tales desafíos, las soluciones eran dos. Por un lado, el reforzamiento de la autoridad patriarcal. De hecho, cuando la Liga de Madres creó su “Escuela”—replicando a Giberti—el primer tema fue “autoridad y libertad”. Los coordinadores insistían en que si había que optar, la

---

<sup>15</sup> Eva Giberti, “Los adolescentes actuales y el amor de siempre”, *Vosotras* No. 1271, 14 de abril de 1960, 10-11 y “La moderna dinámica familiar”, *La Razón*, 9 de septiembre de 1961, 15.

<sup>16</sup> El psicoanalista Erik Erikson fue clave para la divulgación de la “normalización” de la rebeldía adolescente en Estados Unidos. Erikson enfatizaba que la sociedad norteamericana de post-guerra, a la que veía conservadora y conformista, debía “aprovecharse” de la rebeldía adolescente para sacudir su inercia, ver Leerom Medovoi, *Rebels: Youth and the Cold War Origins of Identity*, Durham, Duke University Press, 2005, 30-5.

<sup>17</sup> Ver las transcripciones de sus conferencias en, “El joven vive en una etapa intermedia, se refugia en tierra de nadie y espera que sus padres le enseñen a vivir”, *La Razón*, 17 de junio de 1958, 13; “¿Qué pasa con la juventud?”, *La Razón*, 18 de junio de 1959, 7; “Academia del amor”, *La Razón*, 11 de noviembre de 1959, 11; “Dimensión de la juventud de hoy”, *Nuestros hijos* No. 59, diciembre de 1959, 13-15.

<sup>18</sup> “La Organización de Salvaguarda Moral integró su consejo”, *La Prensa*, 25 de junio de 1960, 9.

solución era sencilla: la “autoridad debe prevalecer”.<sup>19</sup> Por otro lado, con 80.000 afiliadas en 1962, la Liga de Madres se erigió como guardiana de “la moral y las costumbres” que, sostenían, se estaban perdiendo entre las generaciones jóvenes y, argumentando que era en defensa de la moral juvenil, participó en múltiples consejos y comisiones que impusieron censura a películas, programas televisivos y materiales impresos desde 1957 en adelante.<sup>20</sup>

Estas dos visiones sobre la interrelación entre la “juventud de hoy” y la “crisis de nuestra época” coexistían; uno de los pocos episodios en el cual se cruzaron lo ofreció la propuesta de extender la coeducación en las escuelas secundarias de la Ciudad de Buenos Aires. En 1958, siguiendo las sugerencias del departamento de Ciencias de la Educación, el vicedecano Escardó defendió en el Consejo Superior la propuesta de que las dos escuelas secundarias dependientes de la UBA se convirtieran en mixtas.<sup>21</sup> Apenas enteradas de esa decisión, las Ligas de Padres y Madres iniciaron una campaña para que no se implementara también en escuelas públicas. Recurriendo a una Encíclica promulgada en 1929 por Pío IX en la que se sostenía que la coeducación no reconocía “el pecado original”, las Ligas lanzaron un comunicado afirmando que era pernicioso para la moral juvenil y consagraba principios “falsamente igualitarios” entre chicos y chicas.<sup>22</sup> Además de intentar ganar el favor de la opinión pública, recurrieron al Ministro de Educación de Arturo Frondizi: ferviente católico, Luis Mac Kay aseguró que no “innovaría” en las escuelas de su dependencia.<sup>23</sup> Este episodio indica al menos tres cuestiones. Primero, y fundamental, que los chicos y chicas de la “modernizada” Ciudad de Buenos Aires de

---

<sup>19</sup> *Actas de la escuela para padres* No. 1, 2 de noviembre de 1963, s/p, Carpeta Escuela para Padres; *Nuestra escuela para padres*, ca. 1965, Carpeta Comité Central, Archivo de la Liga de Madres de Familia (ALMF).

<sup>20</sup> El dato sobre cantidad de afiliadas en *Organización y propósitos*, 1962, Carpeta Comité Central, ALMF; para una visión panorámica del desarrollo de la censura, Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura en la Argentina, 1960-1983*, vol. 1, Buenos Aires, CEAL, 1983.

<sup>21</sup> “Coeducación,” *Boletín de Informaciones de la Universidad de Buenos Aires*, No. 1, Mayo de 1958, 7-8.

<sup>22</sup> “La coeducación reclama diálogo y experimentación,” *La Razón*, 10 de junio de 1958, 7, mi cita de la encíclica en “Encíclica Divinis Illius Magistri,” *Revista Eclesiástica Argentina* No. 2, Abril-Mayo, 1958, 60.

<sup>23</sup> “El Ministro Mac Kay recibe a los padres de familia,” *La Nación*, 23 de junio de 1958, 6.

los sesenta no gozaron la posibilidad de interactuar en las escuelas, como sí la tuvieron sus pares en otras ciudades del país. Segundo, muestra la capacidad de las Ligas de incidir en la creación—o no—de políticas públicas, una dinámica en la que fue central su capacidad de lobby sobre sucesivos gobiernos post-peronistas. Por último, exhibe que, si bien exitosas en imponer algunas condiciones para la cotidianeidad de los jóvenes, fueron mucho menos eficaces a la hora de instalar una representación de la juventud como síntoma problemático de la “crisis de nuestra época” en el clima cultural optimista de los primeros sesenta en el cual reinaron nuevas revistas.

Junto a los profesionales psicológicos, las publicaciones semanales lanzadas en la primera mitad de la década de 1960 contribuyeron a construir una representación de la juventud como agente de cambio. En sus informes—basados en técnicas periodísticas nuevas, como entrevistas en profundidad o encuestas—*Primera Plana*, *Confirmado* o *Panorama* asociaron a la juventud con mutaciones en la moral sexual, especialmente con la incipiente aceptación de las relaciones sexuales prematrimoniales, algo que se asumía como un signo modernizador ya que barría con “atavismos tales como el tabú de la virginidad”. Esa nueva actitud se pintaba con rasgos prudentes, ya que el matrimonio seguía estando atado al acto sexual, en contraposición a lo que las mismas revistas imaginaban sucedía en Europa.<sup>24</sup> Las revistas encontraban la misma prudencia en las actitudes políticas juveniles. Los periodistas más optimistas creían que con ellos se acabarían “viejas animosidades”, como la división entre antiperonismo y peronismo.<sup>25</sup> Así, por ejemplo, una encuesta realizada en 1965 con jóvenes que habían nacido “aquel 17 de octubre”, un periodista sostenía los jóvenes no descartaban del todo a la experiencia peronista,

---

<sup>24</sup> La cita entrecomillada es tomada de Sara Gallardo, “Argentina 1980: entre la incomunicación y el miedo vive la generación del futuro”, *Primera Plana* No. 19, 19 de marzo de 1963, 22-4; ver también Máximo Stimpson, “Adolescentes 1965: los hijos de la libertad”, *Panorama* No. 25, junio de 1965, 44-8; “Informe sobre la juventud”, *Confirmado* No. 65, 15 de septiembre de 1966, 34-7.

<sup>25</sup> “La juventud argentina realiza el segundo Congreso de Tucumán”, *Panorama* No. 38, junio de 1966, 39.

sino que “racionalmente” diferenciaban “lo que tuvo de bueno y lo que tuvo de malo”.<sup>26</sup> Había, de todas formas, dos rasgos preocupantes: por un lado, ya desde 1964—cuando la gendarmería desbarató uno de los primeros focos guerrilleros en Salta—esas revistas iban a contribuir a formar opinión sobre una “minoría ruidosa”, volcada hacia “los extremos”; por otro, la prudencia de la “mayoría silenciosa” se podía ver también como un signo de apatía que sería necesario revertir, a decir de Mariano Grondona, para que actuara como una “fuerza estabilizadora”.<sup>27</sup>

Para mediados de la década de 1960, de todas maneras, cuando la noción de “crisis de nuestra época” se evaporaba del vocabulario público, las revistas y los profesionales que ayudaron a convertir a la juventud en una categoría de debate y un virtual agente de cambio se congratulaban. A partir de los jóvenes creían visualizar—como el título de una encuesta de *Primera Plana* lo remarcaba—a la “Argentina de 1980”. Estudiándolos, entreveían que la sociedad argentina estaba dejando atrás pautas de relaciones familiares autoritarias, atavismos sexuales y culturales, y pasiones políticas. La juventud prometía llevar racionalidad a todas las esferas de la vida social y, con ella, la Argentina de 1980 sería al fin un país moderno.

### **La expansión del mundo estudiantil**

En las narrativas sobre la década de 1960 centradas en los cambios del campo intelectual y cultural, la renovación universitaria adquiere un lugar predominante, ya que las universidades nacionales habrían vivido una “época de oro” entre 1956 y 1966—hasta su intervención por el régimen encabezado por Onganía—deviniendo “faros modernizadores”. Analizando el mundo estudiantil en los niveles secundario y universitario es posible, sin embargo, detectar uno de los ejes más ambivalentes de las dinámicas modernizadoras. Desde el inicio de la década de 1950 hasta el de 1970, la enseñanza media fue deviniendo una experiencia homogeneizante para

<sup>26</sup> “Los que nacieron aquel día”, *Extra* No. 4, octubre de 1965, 62-6.

<sup>27</sup> Mariano Grondona, “Los jóvenes”, *Primera Plana* No. 146, 24 de agosto de 1965, 7; ver también “Los ejércitos del terror”, *Panorama* No. 38, junio de 1966, 38-44.



muchos adolescentes, pero la institución de la escuela secundaria estuvo lejos de haber atravesado una transformación: antes bien reforzó sus aristas más conservadoras y disciplinarias. En comparación, la experiencia de la minoría de estudiantes universitarios permite entrever que las universidades, en especial algunas facultades, constituían verdaderos enclaves.

La expansión de la escolarización secundaria fue uno de los signos de la “democratización del bienestar” peronista, que se amplió y diversificó en las décadas que siguieron.<sup>28</sup> Mientras que en 1945 la matrícula en las ramas principales—normal, comercial, bachiller y técnica—sumaba 201.000 estudiantes, en 1955 llegaba a 489.000; en 1965 a 789.000 y en 1970 a 950.000.<sup>29</sup> Y, aunque alrededor de 45 por ciento de los ingresantes abandonaba antes de finalizar—usualmente en el tercer año, cuando obtenían un título intermedio que posibilitaba el ingreso al mercado laboral—es significativo también el porcentaje del grupo de edad 13-8 que se encontraba matriculado: en 1960 era un 23 a nivel nacional y un 52 en Buenos Aires, y en 1970 el porcentaje nacional se había duplicado, y el de Buenos Aires llegaba al 69. En esta expansión hay algunos rasgos destacables. Primero, no solo los hijos de las familias acomodadas ingresaban a la escuela secundaria. En la década de 1950, las ramas que más crecieron fueron la normal y la técnica; en la siguiente, explotaba la matrícula en la comercial. Estas última y la técnica atraían a hijos de los sectores medios-bajos y de obreros calificados.<sup>30</sup> Segundo, la matrícula de la escuela media se feminizó: en 1950 las chicas representaban un 47 por ciento del total de estudiantes, mientras que en 1970 eran un 54. Matriculadas inicialmente sobre todo en escuelas normales, a fines de la

---

<sup>28</sup> Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, “La democratización del bienestar,” en Juan Carlos Torre, dir. *Nueva Historia Argentina Vol. 8: Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, 298-99.

<sup>29</sup> Ministerio de Educación y Justicia, *La enseñanza media (1914-1963)*, 2 vol., Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1964, 58, 63, 77-8, 161, 299-300, 407-9, Ministerio de Educación y Cultura, *La educación en cifras, 1961-1970* (Buenos Aires: Departamento de Estadística Educativa, 1972), 19.

<sup>30</sup> Consejo Nacional de Desarrollo, *Origen socio-económico y otros factores que inciden sobre el acceso y elección de las carreras de enseñanza media*, Buenos Aires, CONADE, 1968, 42-51.

década de 1960 eran el 50 por ciento en escuelas comerciales.<sup>31</sup> Por último, un 40 por ciento de adolescentes estudiaba en escuelas católicas. Entre 1956 y 1958, gracias a una generosa política de subsidios de la llamada Revolución Libertadora luego continuada por los gobiernos radicales, congregaciones católicas abrieron 110 escuelas medias.<sup>32</sup>

Con el aumento de la matrícula, también afloraron los debates sobre la escuela media. En 1958 comenzaron a reunirse anualmente los profesores y directivos de colegios públicos, con miras de adaptar la escuela a “la juventud de hoy”.<sup>33</sup> Más allá de las buenas intenciones, nada había cambiado en 1962, cuando la directora del departamento de Ciencias de la Educación de la UBA sostenía que la escuela era un obstáculo para el cambio, ya que “los planes de estudios y estilos pedagógicos, las rutinas diarias y los bancos, todo es rígido”.<sup>34</sup> En 1957, de hecho, se había ratificado el *Reglamento* oficial, que prescribía que la primera obligación de los estudiantes era “obedecer a sus superiores adentro y afuera de la escuela”, la segunda refería a la puntualidad, la tercera a la higiene y recién la cuarta a temas académicos.<sup>35</sup> Como repetía una educadora, la escuela compartía el “autoritarismo frío” con las barracas militares y ni su estructura curricular ni su funcionamiento cambiaron para recibir a los “nuevos jóvenes”.<sup>36</sup>

Cuando podían hacerse oír, los “nuevos jóvenes” despotricaban contra las rutinas cotidianas, la monotonía pedagógica y la disciplina. En 1958, una profesora pidió a 200 estudiantes del Gran Buenos Aires que escribieran sobre sus experiencias y todos aludieron a las sensaciones de encierro, o al “tener que pedir permiso hasta para estornudar”.<sup>37</sup> Ya avanzada la década de 1960,

---

<sup>31</sup> *La educación en cifras, 1961-1970*, 143.

<sup>32</sup> “Educación,” *Revista Eclesiástica Argentina* No. 2, marzo-abril, 1958, 86.

<sup>33</sup> “Varios temas trató el Congreso General de Segunda Enseñanza,” *La Prensa*, 15 de agosto de 1958, 6.

<sup>34</sup> Gilda Lamarque de Romero Brest, “Problemas actuales de la educación juvenil y de la adolescencia,” *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. 7, No. 3, Junio – Julio de 1962, 428.

<sup>35</sup> Ministerio de Educación y Justicia, *Reglamento general para los establecimientos enseñanza secundaria, normal y especial*, Buenos Aires, Poder Ejecutivo Nacional, 1957, 37.

<sup>36</sup> Delia Etcheverry, *El adolescente y la escuela secundaria*, Buenos Aires, EUdeBA, 1961, 55.

<sup>37</sup> Elvira de Raffó, comp. *Dejar crecer*, Buenos Aires, 1959, 108.

los estudiantes también se quejaban de la bifurcación entre la escuela y sus opciones de consumo: las chicas cuestionaban no poder usar ni pantalones ni maquillaje y los chicos tener que llevar su pelo “como los conscriptos”.<sup>38</sup> Asimismo, las quejas contra la monotonía de planes de estudios y clases eran ubicuas. En 1956, un grupo de estudiantes comunistas, además de cuestionar el “Decreto de la Torre”—firmado en 1936 y en vigencia hasta 1973, impedía la agremiación de los estudiantes secundarios—sostenía que en la escuela eran “receptáculos vacíos donde verter tanto contenido insignificante como es posible”. Trece años después, las cosas no parecían diferentes, a juzgar por las críticas al enciclopedismo que, como indicaba una encuesta con 500 estudiantes, era la norma en las clases.<sup>39</sup> Ellos, y otros encuestados por la Universidad de La Plata, remarcaban también la severidad del sistema disciplinario. Aunque no haya datos precisos, el Ministerio de Educación pedía la colaboración de padres y profesores para mantener el “sentido del orden y el respeto” e indicaba con alarma que, en el primer lustro de la década de 1960, las sanciones disciplinarias se habían triplicado con respecto al anterior.<sup>40</sup>

A pesar de no ser el ámbito de una experiencia gratificante, la escuela proveía la base para nuevas formas y ámbitos de sociabilidad a la vez que, en algunos casos, daba lugar a la reconfiguración de las relaciones de autoridad intra-familiares. Aunque muchos adolescentes no soportaran las rutinas escolares, permanecían por horas en las esquinas de las escuelas. Un estudiante de Avellaneda comentaba, en 1958, que quedarse en las esquinas “cada tardecita” era la única forma en que podía “hacerse amigo de esos chicos que en el aula parecen desconocidos”, mientras que el novelista Bernardo Verbitsky abundaba en los usos románticos

---

<sup>38</sup> “La edad ingrata,” *Para Ti* No. 2141, 23 de julio de 1963, 20-1; Daniel Muchnik, “Cinco años perdidos,” *Panorama* No. 34, marzo de 1966, 65.

<sup>39</sup> “Conclusiones finales del seminario organizado por la Comisión de Estudiantes Secundarios,” separata con *Revista del Mar Dulce* No. 2, octubre de 1956, 5; Silvia Rudni, “Adolescentes, la hora de la verdad,” *Primera Plana* No. 309, 30 de noviembre de 1968, 70-73.

<sup>40</sup> Ofelia Ferreiroa, “Experiencias realizadas en una escuela secundaria,” *Revista de Psicología* No. 5, 1967, 38; el comunicado del Ministerio en “Problemas de la adolescencia,” *La Razón*, 1 de junio de 1965, 14.

de las esquinas de los “liceos de señoritas” de la Ciudad de Buenos Aires.<sup>41</sup> A muchos chicos y, especialmente, chicas, la sociabilidad en las esquinas les permitía distanciarse de la mirada adulta, al menos por un algunas horas a diario, alterando de esa manera el continuum entre la escuela y la casa. Para quienes eran estudiantes de primera generación, además, la experiencia escolar en sí misma podía contribuir a alterar las relaciones de autoridad familiares. Un entrevistado nacido en una familia obrera, por ejemplo, recordaba que sus padres, que tenían escolaridad primaria, lo “trataban diferente” cuando empezó la secundaria: con “tener notas decentes, después hacía lo que quería.”<sup>42</sup> Ser primera generación de estudiantes secundarios—y ser varón—le daba la oportunidad de negociar mayores libertades en su casa, basado en el respeto que su experiencia escolar generaba. Esta situación re-editaba el imaginario de ascenso social a través de la educación, un proyecto secular que en los sesenta encontraba nuevas condiciones dadas por la ampliación del mundo estudiantil.

Entre los jóvenes que finalizaban sus estudios secundarios una mayoría iba directamente al mercado laboral, mientras que una minoría en expansión cursaba también estudios superiores. La matrícula en las universidades nacionales pasó de 48.000 estudiantes en 1945 a 138.000 en 1955; 206.000 en 1965 y 390.000 en 1972.<sup>43</sup> En 1962, de hecho, Argentina ocupaba el tercer lugar en el mundo en función de la relación entre la población universitaria y la total. Los datos son aún más elocuentes si se tiene en cuenta la proporción de estudiantes matriculados con respecto al grupo de edad 20-4, que pasó de un 5 por ciento en 1950 a un 11 en 1960 para llegar a un 20 en 1972.<sup>44</sup> En términos de analistas educativos, la universidad “penetró” en segmentos cada vez más

---

<sup>41</sup> “Yo,” *Dejar crecer*, 60-1; Bernardo Verbitsky, *Una cita con la vida*, Buenos Aires, Platina, 1958, 37.

<sup>42</sup> Entrevista personal con Carlos T. (nacido en 1951 en Valentín Alsina, Lanús), 13 de septiembre de 2007.

<sup>43</sup> Juan Carlos Tedesco, “Modernización y democratización en la universidad argentina, un panorama histórico,” en Patricio Dooner e Iván Lavados, eds., *La Universidad latinoamericana: visión de una década*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria, 1979, 274-5.

<sup>44</sup> Gino Germani y Ruth Sautu, *Regularidad y origen social de los estudiantes universitarios*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965, 14; Daniel Cano, *La educación superior en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1985.

amplios de los sectores medios, si bien—a diferencia de lo sucedido con la secundaria—alcanzó solo tangencialmente a hijos de trabajadores manuales. A su vez, al igual que la secundaria, la matrícula universitaria también se feminizó. En la UBA, el porcentaje de estudiantes mujeres pasó de un 26 por ciento del total en 1958 a un 42 en 1972. Aún cuando las chicas siguieron eligiendo carreras “femeninas”—como las cursadas en la Facultad de Filosofía y Letras—también se adentraron en territorios tildados de masculinos, como Ciencias Económicas.<sup>45</sup>

La expansión y diversificación de la matrícula fue uno de los signos de la renovación atravesada por las universidades desde 1955. La renovación universitaria estuvo basada en acuerdos básicos entre profesores, graduados y estudiantes, quienes se habían situado de manera consistente en el arco opositor al peronismo. Uno de los puntos de consenso descansaba en la defensa de la autonomía universitaria, una demanda básica de los sectores alineados al reformismo, pero también entre aquellos que, desde su creación a fines de 1950, se nucleaban en la Liga Humanista. Otro punto de consenso inicial refería a hacer de las universidades centros de producción de conocimientos para un “país en cambio”. La renovación universitaria se entrelazó con la creación del CONICET y con la ampliación de dedicaciones de tiempo completo de profesores. Fue en ese clima de optimismo sobre la posibilidad de hacer de la universidad un puntal para el “despegue” que se crearon, en la UBA, carreras tales como Psicología, Antropología, Ciencias de la Educación y Sociología—todas ellas en la Facultad de Filosofía y Letras—y programas novedosos como Cálculo, en la Facultad de Ciencias Exactas. Estas dos Facultades fueron las “estrellas” de la modernización universitaria.<sup>46</sup>

---

<sup>45</sup> Universidad de Buenos Aires, *Censo general de alumnos 1968*, Buenos Aires, UBA, 1969, 9; Doris Klubitschko, *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, Washington, PNUD – CEPAL, 1980, 19.

<sup>46</sup> El párrafo está informado por Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, EUdeBA, 1997; Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas, 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel, 2001, 63-76.

Mientras que las Facultades de Filosofía y de Ciencias Exactas de la UBA ganaban un lugar de preeminencia como “faros modernizadores”, sus estudiantes ilustraban los sentidos de jóvenes modernos en los tempranos sesenta. Primero, eran quienes más directamente se vinculaban con la renovación académica, ya sea porque cursaban nuevas carreras o porque participaban de transformaciones curriculares. Por ejemplo, en 1960 los estudiantes de la carrera de Psicología en la UBA—que pasó de 13 inscriptos en 1958 a 1.452 en 1960—se alinearon con un grupo de profesores para promover un recambio de planes de estudio, procurando darles una orientación psicoanalítica.<sup>47</sup> Ese fue solo uno entre muchos ejemplos de la activa participación estudiantil en el diseño de sus respectivas carreras. Segundo, hasta mediados de los sesenta, esas Facultades estaban localizadas en el centro de circuitos culturales alrededor de las calles Viamonte y Florida, dominadas por librerías, galerías de arte y bares “modernos”. Esos eran espacios de sociabilidad estudiantil y de una bohemia artística visible, mucho más desde que en 1963 el Instituto Di Tella abriera sus puertas en las cercanías de Plaza San Martín.<sup>48</sup> En definitiva, eran las coordenadas de los *sixties* locales, que las revistas de actualidad mostraban como epitome de novedad, también, en los terrenos sexuales y políticos. No era casual que los informes que buscaban dilucidar cambios en la moral sexual incluyeran alguna entrevista con una “chica de Filosofía”, quien adoptaba siempre las posturas más “escandalosas”.<sup>49</sup> Más generalmente, esas Facultades y sus bares vecinos evocaban a una minoría radicalizada y eran representados como “campos de entrenamiento de futuros guerrilleros,” según un informe de *Atlántida* de 1962.<sup>50</sup>

---

<sup>47</sup> Los datos de inscriptos en Universidad de Buenos Aires, *Memoria 1960*, Manuscrito en la Biblioteca del Sistema de Información y Bibliotecas, UBA. Para la alianza estudiantil con profesores pro-psicoanalíticos, Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, 202-4.

<sup>48</sup> Ver John King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década de 1960*, Buenos Aires, Ediciones de Arte Gaglianone, 1985; Laura Podalsky, *Specular City: Transforming Culture, Consumption, and Space in Buenos Aires, 1955-1973*, Temple, University of Philadelphia Press, 2004, 138-47.

<sup>49</sup> “¿Revolución sexual en la Argentina?”, *Confirmado* No. 16, 18 de agosto de 1965, 32.

<sup>50</sup> “Definición en la Universidad”, *Atlántida* No. 1148, octubre de 1962, 31; ver también “Reportaje al terrorismo argentino”, *Confirmado* No. 18, 2 de septiembre de 1965, 14.

La representación hiperbólica que los medios gráficos construían sobre la radicalización estudiantil contribuyó a la generación de un clima de opinión favorable al golpe de 1966. La dinámica política estudiantil, de hecho, se había transformado profundamente en una década. Ya a fines de 1958, en ocasión del conflicto entre “laicos y libres”, los acuerdos entre humanistas y los reformistas se erosionaron. En ese marco cristalizaron, también, divergencias entre los estudiantes reformistas: aquellos alineados con segmentos del Partido Socialista y Comunista buscaban hacer realidad la unidad obrero-estudiantil y acercarse a dirigentes peronistas, mientras otros—como los dirigentes en Ingeniería y Química de la UBA—se aferraban al viejo antiperonismo reformista.<sup>51</sup> Si bien preceptos clave—autonomía, concursos periódicos, cátedras paralelas—eran defendidos por todos los grupos organizados bajo la etiqueta de “reformistas”, muchos estaban cada vez más ligados a debates de la izquierda en proceso de ebullición.<sup>52</sup> En los tempranos sesenta, las federaciones estudiantiles eran bastiones de la izquierda, y lanzaban programas centrados en nociones anticapitalistas y antiimperialistas, y estas últimas fueron clave en cómo se delinearon críticas a la universidad. El cuestionamiento al “cientificismo”—como lo definió un dirigente: “la ideología de quienes modernizaron la universidad para que forme científicos para el imperialismo”—iba en paralelo a la denuncia de los profesores que buscaran financiamiento de instituciones radicadas en Estados Unidos.<sup>53</sup> Como reconocían algunos antiguos líderes, sin embargo, las discusiones y la retórica cada vez más radicalizada entre la dirigencia no encontraba eco entre la mayoría estudiantil que, como ironizó un investigador norteamericano en 1964, parecía más “interesada en su fortuna individual que en la suerte del

---

<sup>51</sup> He trabajado estos procesos en, “Las batallas de los ‘laicos’: Movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre-octubre de 1958”, *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, No. 31, 2009.

<sup>52</sup> Un análisis detallado de estos procesos en Sigal, *Intelectuales y poder*, Sarlo, *La batalla de las ideas*, 72-4 y, para los debates de la izquierda, Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda en la Argentina, 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

<sup>53</sup> “Inauguración de los cursos de 1964: Discurso del alumno Emilio Colombo”, *Gaceta de Filosofía y Letras*, Vol. 2, No. 3, 8 de julio de 1964, 2.

estado”.<sup>54</sup> En aras de extinguir a un peligro comunista que entreveía ubicuo, la intervención a las universidades nacionales en julio de 1966 sentó las bases para una cada vez más extendida politización y radicalización estudiantil.

La autodenominada Revolución Argentina implicó un quiebre en la vida universitaria aunque no en el nivel secundario, cuya regimentación era autoritaria antes y después de 1966. Generalmente invisibilizado en las narrativas socioculturales de los sesenta, fue este último nivel el que sirvió de base para una experiencia juvenil más homogénea que en décadas anteriores. Su ampliación mostraba que era económicamente viable y socialmente deseable para familias de los sectores medios y, ahora, obreros, el hacer que sus hijos prolongaran su experiencia educativa. Esa prolongación señalaba un interregno vital en el que chicos y chicas vivenciaban diversas formas de autoritarismo institucional y gestaban modos de interacción y sociabilidad novedosos, además de ubicarse de manera diferente en las relaciones intra-familiares en caso que fueran “primera generación” de estudiantes secundarios. La situación de “primera generación” se replicaba en el ámbito universitario: en la UBA, por ejemplo, un 80 por ciento de los estudiantes tenía esa condición en los sesenta.<sup>55</sup> A diferencia de lo sucedido en las escuelas secundarias y haciendo el contraste más evidente, la minoría de jóvenes matriculados en las universidades renovadas, y en especial en ciertas facultades, se encontraba en el centro de corrientes intelectual y culturalmente “modernas” y formaban parte de enclaves vanguardistas que se diluirían, al menos por un tiempo, por los efectos de la intervención. La nueva regimentación asemejaba, en términos de control y disciplina, a los espacios secundario y universitario que contenían a una población estudiantil que, más allá del golpe de estado, continuó ampliándose.

---

<sup>54</sup> Kalman Silvert, “The University Student,” en John Johnson, ed. *Continuity and Change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1964, 225; para reflexiones de antiguos líderes estudiantiles, ver Carlos Ceballos, *Estudiantes universitarios y política, 1955-1970*, Buenos Aires, CEAL, 1985, 25-7 y los testimonios reunidos en Mario Toer, *El movimiento estudiantil, de Perón a Alfonsín*, vol. 1, Buenos Aires, CEAL, 1988.

<sup>55</sup> Klubitschko, *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, 37.



### Música, consumo y disputas sobre el gusto

Mientras la expansión de la escolarización creaba condiciones para una experiencia juvenil más homogénea que décadas atrás, desde fines de la década de 1950 la visibilidad de la juventud como un actor diferenciado se ponía de manifiesto especialmente en relación con los consumos. Jóvenes de sectores medios y obreros, estudiantes y empleados, participaron de la creación de prácticas de consumo y ocio que fueron juveniles, antes que intergeneracionales. En esa dinámica, la cultura de masas se juvenilizaba, convirtiéndose también en un “espacio social” en el cual—tomándolo de Pierre Bourdieu—los jóvenes forjaron sentidos de distinción y libraron batallas en torno al gusto en relación con ídolos musicales o prendas de vestir.<sup>56</sup> Advertir el funcionamiento de esas disputas complica cualquier noción uniforme de “cultura juvenil”, una expresión que, tal como fue gestada por el sociólogo Talcott Parsons y utilizada en la mayoría de las historias de la juventud, tiende a ocluir las diferencias sociales y genéricas entre los jóvenes.<sup>57</sup>

Como en buena parte del mundo, los cambios en el consumo y la creciente visibilidad de los jóvenes estuvieron vinculados a la llegada de una nueva música, el rock, cuyo ingreso a la escena local se hizo a través de películas. A fines de 1956 se suprimieron regulaciones vigentes durante las administraciones peronistas que restringían la importación para fomentar la producción local y, como consecuencia, 1957 marcó un récord: se estrenaron 701 películas extranjeras, 397 de ellas producidas en Estados Unidos.<sup>58</sup> Además de *Rebelde sin causa* (dir. Nicholas Ray, 1955),

---

<sup>56</sup> Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984, 41. En este segmento reproduzco algunas ideas y materiales que he elaborado con más detenimiento en “Ha llegado la ‘nueva ola’: Música, consumo y juventud, 1956-1966,” en Isabella Cosse, Karina Felitti y Valeria Manzano, eds. *Los 60’ de otra manera: Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, en prensa y en “The Blue Jean Generation: Youth, Gender, and Sexuality in Buenos Aires, 1958-1975,” *Journal of Social History*, Vol. 43, No. 3, primavera de 2009.

<sup>57</sup> Talcott Parsons acuñó la noción de “cultura juvenil” para referirse a las pautas de conducta y de consumo de los adolescentes norteamericanos a comienzos de la década de 1940, advirtiendo que se despegaban cada vez más de la “cultura adulta”, todavía cruzada, sostenía, por diferencias de clase y raza, ver su “Age and Sex in the Social Structure of the United States,” (1942) en *Essays in Sociological Theory*, New York, Free Press, 1954, 89-102.

<sup>58</sup> “Películas estrenadas: 1957,” *Heraldo del cinematografista*, 30 de diciembre de 1957, s/p.

esas películas incluían otras de bajo presupuesto y orientadas a los adolescentes—las *teenpics*— que mostraban a chicos y chicas de los suburbios norteamericanos bailando al ritmo de Little Richard o Bill Haley y Sus Cometas, como el caso de la popular *Al compás del reloj* (dir. Fred Sears, 1956). Esas *teenpics* atrajeron una audiencia muy vasta en las principales ciudades del país. *Antena*, la revista de espectáculos más leída del momento, comentaba una “noche común” en una sala porteña, donde “un espectáculo dentro del espectáculo” comenzó cuando los chicos y “chicas menos tímidas” abandonaron sus asientos para “bailar con sus ídolos de la pantalla”.<sup>59</sup> Las calles de los alrededores de los cines también vivían la fiebre roquera, como la de las 25 parejas que se quedaron bailando en las cercanías del cine Normandie de Buenos Aires tras la exhibición de *Rock, rock, rock* (dir. Will Price, 1956) hasta que la policía los acusó de entorpecer el tráfico y los arrestó. Escenas similares se sucedían en Córdoba y en Mendoza.<sup>60</sup>

La oposición inicial al rock no se centró en temores sobre la “mezcla de razas”, como sucedía en Estados Unidos, sino en el peligro que suponía para la sexualidad juvenil y la pérdida de las “tradiciones”. En marzo de 1957 el Intendente de Buenos Aires decretó la prohibición de bailar “la danza denominada ‘rock and roll’” mediante “contorsiones exageradas que afecten el normal desenvolvimiento de reuniones danzantes, o en formas que puedan afectar a la moral, o cuando generen histeria colectiva”.<sup>61</sup> Las referencias a la “moral” y la “histeria” ilustraban los temores de los sectores más conservadores—eran, de hecho, un lugar común entre las Ligas de Madres y Padres—pero el decreto pronto cayó en saco roto, en parte porque grupos de jóvenes salieron a desafiarlo bailando rock en la plaza que rodea al Obelisco, un gesto que provocó

---

<sup>59</sup> “Cuando se baila el rock al compás de la película”, *Antena* No. 1339, 8 de enero de 1957, n/p.

<sup>60</sup> “Durante largas horas, el centro de la ciudad fue agitado por bailarines de rock: detenidos y procesados por desorden, desacato, lesiones y vagancia,” *La Razón*, 21 de febrero de 1957, 5; “También en Mendoza y en Córdoba,” *La Razón*, 22 de febrero de 1957, 7.

<sup>61</sup> “Decreto 2009: Fíjense normas para la realización de concursos, competencias y prácticas de la danza denominada ‘rock and roll’,” *Boletín Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1 de marzo de 1957, 331.

críticas por lo “pacata” de la medida.<sup>62</sup> Mucho más persistentes fueron las ansiedades sobre las consecuencias del rock para la pérdida de la “tradición” y la colonización cultural. Las autoridades educativas, por ejemplo, promovían competencias de folklore en escuelas medias ya que, creían, los jóvenes estaban “perdiendo contacto con nuestra tierra” dado su gusto por “lo foráneo”.<sup>63</sup> En términos similares se expresaba la Federación Juvenil Comunista, una de las organizaciones políticas juveniles más numerosas a comienzos de los sesenta. En 1957, un dirigente explicaba que “la cultura decadente del rock” convertiría a los jóvenes “al American way of life”, algo que en 1962 parecía materializado, a juzgar por la lo que sostenía otro dirigente sobre los estudiantes secundarios: “se alejaron de la política,” concluía, “no solo porque el gobierno reprima sino porque se hicieron amantes del twist, yanquis en potencia”.<sup>64</sup>

Más allá de las críticas, el rock se imponía como la música juvenil por excelencia, siendo la base para la emergencia de una nueva sociabilidad con la cual colaboraba la industria del entretenimiento y el disco. La música rock era el telón de fondo de los “asaltos”, fiestas de fines de semana que “barritas” de adolescentes, generalmente de escuelas cercanas y de barrios de clase media, organizaban en casas de familia y a las que las chicas llevaban comida, los chicos bebida, y todos aportaban discos.<sup>65</sup> Al mismo tiempo, la sociabilidad barrial en clubes sociales se transformaba al ritmo del rock, centrándose cada vez más en los jóvenes, antes que en la interacción intergeneracional. En ese sentido, la empresa *Escala musical* tuvo un rol central, ya que se encargaba de la organización de bailes de fines de semana donde tocaban los músicos locales de rock, como Eddie Pequeninho, quien en 1958 firmó un contrato con la subsidiaria de

---

<sup>62</sup> “El centro, otra vez, copado por los amantes del ‘rocko’,” *La Razón*, 1 de marzo de 1957, 5.

<sup>63</sup> Dirección de Enseñanza Secundaria, Circular No. 7/961, 16 de junio de 1961; No. 26/961, 28 de agosto de 1961; No. 22/962, 26 de abril de 1962; Archivo del Instituto Nacional del Profesorado J. V. González (AJVG).

<sup>64</sup> Jorge Bergstein, “Informe rendido ante el Comité Central Ampliado de la Federación Juvenil Comunista, Buenos Aires, 25 de Mayo de 1957”; Federación Juvenil Comunista, “Secundarios,” Balance General, 1962, Carpeta 50, Archivo del Partido Comunista Argentino.

<sup>65</sup> Ver descripciones de esos eventos en “Hablan los jóvenes,” *Nuestros hijos* No. 68, Septiembre de 1960, 6.

Columbia Broadcasting System (CBS) para producir un disco con versiones de Bill Haley.<sup>66</sup> El informe anual de CBS indicaba que la firma no había “intentado satisfacer la creciente demanda de discos de rock”, algo que en Estados Unidos cambió a mediados de los sesenta.<sup>67</sup> En la Argentina, sin embargo, CBS fue la primera compañía en producir rock. Mucho más, a fines de 1959 CBS eligió al país como productor de discos para la región y dos años después abrió los estudios “más modernos de Latinoamérica”.<sup>68</sup> El crecimiento de Radio Corporation of America (RCA) parecía modesto, aunque resultó en un parte aguas: en 1960, la empresa transfirió a su encargado de artistas y repertorios, Ricardo Mejía, de México a Buenos Aires, con el objetivo de lanzar una “nueva ola juvenil”.<sup>69</sup> Sus esfuerzos se materializaron en *El Club del Clan*.

La experiencia de *El Club del Clan* fue central para la juvenilización de la cultura de masas. Tras dos años de pruebas, a fines de 1962 Mejía firmó un contrato con Canal 13—el más visto— para emitir *El Club del Clan*, donde cada semana una docena de chicas y muchachos bailaba y cantaba temas propios o traducidos de éxitos italianos o norteamericanos. El programa celebraba a la juventud como un valor en sí; reafirmaba nociones tradicionales de género y familia—donde las mujeres y los hijos debían respeto al padre que tomaba “decisiones justas”, como lo cantaba a viva voz Violeta Rivas en su versión de “Qué suerte”—valoraba solamente al amor romántico; y no cuestionaba siquiera las instituciones más cuestionadas, como la escuela. En suma, presentaba una imagen de felicidad por el hecho de ser joven, argentino, y estar enamorado.<sup>70</sup> Asimismo, emblemático en su figura más popular, la de Palito Ortega, *El Club del Clan* instalaba en el centro de la escena mediática el romance del muchacho de orígenes humildes que, superando

---

<sup>66</sup> Ver Daniel Colao, “De cómo y con quiénes empezó la cosa en nuestro país,” *Rock Superstar* No. 5, agosto de 1978, 4-6 y Sergio Pujol, *Historia del baile: de la milonga a la disco*, Buenos Aires, Emecé, 1999, 235-7.

<sup>67</sup> *Annual Report*, CBS, Inc, 1958, 43.

<sup>68</sup> *Annual Report*, CBS, Inc, 1959, 63; *Annual Report*, CBS, Inc., 1961, 9; “Argentina: Strikes Curb Sales,” *Billboard Music Week: Who’s Who in the World of Music*, 25 de diciembre de 1961, 112.

<sup>69</sup> “RCA’s ‘New Wave’ Disks Clicking in Argentina,” *Variety*, 26 de octubre de 1960, 57.

<sup>70</sup> Un análisis del programa en Varela, *La televisión criolla*, 143-52; Víctor Pesce, “El discreto encanto de El Club del Clan”, *Cuadernos de la Comuna* No. 23, 1989.

obstáculos económicos y culturales, lograba el éxito.<sup>71</sup> A diferencia de las historias de éxitos con reminiscencias de tango, la de Palito ponía el foco en su nacimiento en una provincia relegada—Tucumán—al punto que periodistas aseguraban que se trataba de “la revancha del interior sobre Buenos Aires”.<sup>72</sup> Mientras Ortega prometía integrar a la nación bajo la bandera de la música popular juvenilizada, *El Club del Clan* integraba a los jóvenes en el mercado. En 1963, RCA lanzó tres compilaciones con sus canciones. Como parte de una estrategia de marketing, el precio de esos discos era cuatro veces inferior al promedio, y cada uno vendió 300.000 copias.<sup>73</sup> RCA también proyectó a los solistas más exitosos a los mercados regionales: Ortega, de hecho, ocupó la cima de los ranking en Perú, México y Chile en 1964, cuando la venta de sus discos representaba el 50 por ciento de las totales de la firma en Latinoamérica.<sup>74</sup>

Los ídolos y fans de la “nueva ola” corporizaban lo que se dio a conocer como *mersa*. El término se popularizó a mediados de la década de 1960 para calificar grupos de personas y prácticas de consumo consideradas “de mal gusto” y la revista *Tía Vicenta* tuvo un rol crucial. Como Landrú, su creador y director, recordaba, él localizó la palabra *mersa* en el habla de personajes juveniles de clase media alta—a quienes bautizó como *cáqueros*—sugiriendo que lo usaban para designar el gusto de las clases menos pudientes.<sup>75</sup> Comenzando en 1964, Landrú incorporó una columna permanente, “La página de Barrio Norte”, en la que dos hermanas *cáqueras*—María Belén y Alejandra—dictaban lo que estaba “in” en modas, locales nocturnos, autos o música. Más fundamentalmente, estipulaban lo que estaba “out”, o sea, lo *mersa*. Violeta Rivas, sus peinados y su ropa; Palito Ortega, sus baladas y sus gestos; los clubes sociales donde

<sup>71</sup> “Un tucumano enloquece a la juventud,” *Así Segunda* No. 12, 20 de julio de 1963, 16-7; “Palito Ortega recuerda,” *Antena* No. 1698, 26 de noviembre de 1963; “Palito Ortega recuerda (Segunda Parte),” No. 1699, 3 de diciembre de 1963; “Palito Ortega recuerda (Ultima parte),” No. 1700, 10 de diciembre de 1963.

<sup>72</sup> “¿Cuánto cuesta ser Palito Ortega?,” *Confirmado* No. 18, 2 de septiembre de 1965, 26-8.

<sup>73</sup> “Pino up, Farrell to RCA,” *Billboard*, 2 de febrero de 1963, 43; “LP at 1.40 Hits,” *Billboard*, 6 de abril de 1963, 61; “ASCAP Representative,” *Billboard*, 30 de noviembre de 1963, 36.

<sup>74</sup> “Ortega, the Rage of Argentina,” *Billboard*, 21 de agosto de 1965, 24.

<sup>75</sup> Edgardo Russo, *Landrú por Landrú! Apuntes para una autobiografía*, Buenos Aires, El Ateneo, 1993, 46-7.

actuaban; las chicas de los clubes de fans: todo era *mersa*.<sup>76</sup> El término devino tan exitoso que Landrú lanzó campeonatos para seleccionar al “*mersa* ideal” y llamaba a los lectores a votar: Palito Ortega y Violeta Rivas dominaron los ranking por meses.<sup>77</sup> Como señalaba un periodista, *Tía Vicenta*—que vendía 400.000 copias semanales al insertarse, en 1965, como suplemento del diario *El Mundo*—había instalado “la caza del *mersa*” en la sociedad argentina.<sup>78</sup>

Los modos en que se usó y propagandizó el término *mersa* son indicativos de dos dinámicas concurrentes. Por un lado, como en otros contextos de cambios socioculturales acelerados, el humor hacía exageradamente visible esa fluidez e intentaba fijar el movimiento con la invención de nuevas categorías. El término *mersa* se cargaba de sentidos derogatorios para señalar cómo las clases medias y altas elaboraban su distinción respecto a aquello que veían como prácticas “degradadas” emergentes de la cultura de masas y corporizadas en segmentos sociales menos acomodados. Por otro lado, en la medida en que la cultura de masas se había juvenilizado, las batallas por el gusto se jugaban en el terreno de los consumos juveniles. No es casual que María Belén y Alejandra tuvieran alrededor de 20 años y que tildaran de *mersas* las prácticas de sus pares generacionales. En su diseminación inicial, el término *mersa* evocaba la heterogeneidad en los consumos juveniles, algo evidente en las prendas de vestir.

Si una prenda de vestir evocó metonímicamente a la juventud y le dio visibilidad, ésa fue el vaquero—o los jeans. Como lo notara el sociólogo Fred Davis, las prácticas de vestir actúan como metáforas visuales de las identidades y a la vez permiten entrever las ambivalencias que resuenan entre y dentro de las mismas.<sup>79</sup> Desde fines de la década de 1950, en la Argentina el

---

<sup>76</sup> “La Página de Barrio Norte: María Belén y Alejandra,” *Tía Vicenta* No. 281, Junio de 1964; No. 287, Noviembre de 1964; No. 290, 9 de enero de 1965; No. 296, 21 de febrero de 1965; No. 302, 4 de abril de 1965.

<sup>77</sup> “Primer Campeonato Mundial de Mersas,” *Tía Vicenta* No. 294, 7 de febrero de 1965; No. 312, 12 de junio de 1965; “Primer Campeonato Mundial de Pirujas,” No. 315, 4 de julio de 1965; No. 329, 10 de octubre de 1965.

<sup>78</sup> “Redescubrimiento de la sociología,” *Confirmado* No. 33, 16 de diciembre de 1965, 28.

<sup>79</sup> Fred Davis, *Fashion, Culture, and Society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991, 14.

jean sirvió como referencia de una “identidad juvenil” separada de las “identidades” infantil o adulta. Sin embargo, el jean sirvió también para señalar y reforzar distinciones entre los jóvenes. Estilos, marcas y “nacionalidades”—producidos localmente o importados—devinieron formas sutiles de elaborar distinciones intra-generacionales, algo que se codificó en la oposición entre vaqueros y jeans y que agregó una dimensión más a las disputas entre *mersas* y *cáqueros*. Una diferencia remarcable, sin embargo, fue que hasta bien entrados los sesenta el mercado consumidor de jeans o vaqueros era fundamentalmente masculino.

El jean llegó en paralelo al rock y pronto despejó el camino para que los jóvenes encontraran formas de vestirse “a su edad”. Aunque siempre ligado a “lo americano”, el primer fabricante de tela denim fue Fábrica Argentina de Alpargatas que, aconsejada por su agencia de publicidad—John Walter Thompson (JWT)—sustituyó el nombre de jeans por el de vaqueros y en 1958 lanzó los Far West con una publicidad que explicaba pedagógicamente que servían para “ir al club o a trabajar”, mientras mostraba las piernas de un chico muy joven disfrutando de la nueva prenda.<sup>80</sup> Hasta fines de los cincuenta, las prácticas de vestir de los jóvenes replicaban la de sus mayores. De hecho, pervivía un rito de pasaje a la vida adulta marcado por el derecho a usar pantalones largos. Aunque psicólogos como Eva Giberti advertían a los padres que era necesario re-pensarlo en tanto los chicos querían “vivir su adolescencia antes de ser adultos”, la tradición persistía, como lo dramatizaba la película argentina más vista en 1956, *La edad difícil* (dir. Lucas Demare).<sup>81</sup> El vaquero vino a quebrar los códigos intergeneracionales de vestimenta, señalando y haciendo visible una “edad” ni infantil ni adulta, sino joven.

---

<sup>80</sup> Publicidad de “Far West,” Clarín, 1 de septiembre de 1958, 31. Sobre el asesoramiento para el lanzamiento del producto, Shirley Woodell to Ms. D. Moran, 11, 14, y 16 de marzo de 1957, Office Files and Correspondence, 1943-1958, Caja 3, Shirley Woodell Papers 1943-1958, John Walter Thompson Company Archives, John Hartman Center for Sales, Advertising, and Marketing History, Duke University (JWT Archives).

<sup>81</sup> Eva Giberti, “Pantalones largos,” *Escuela para padres*, vol. 3, Buenos Aires, Omeba, 1961, 242. Para una descripción vívida de la permanencia de los códigos intergeneracionales de vestimenta masculina en los cincuenta, ver Ernesto Goldar, *Buenos Aires: vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.

De acuerdo a representaciones contemporáneas—y a estudios de mercado—chicos de sectores medio-bajos y obreros fueron la vanguardia de consumidores de vaqueros. En uno de los pocos estudios sociológicos sobre una “pandilla” en el Gran Buenos Aires, por ejemplo, se ponía el foco en la presentación pública de sus miembros, que incluía su “exhibición de virilidad en las esquinas del barrio, con sus vaqueros ajustados”.<sup>82</sup> El uso del vaquero se asociaba en ese estudio—como en otros alrededor del mundo—con ideas de desorden social y sexual.<sup>83</sup> Esto era evidente en otras representaciones de jóvenes en vaqueros, como la propuesta en la película *La patota* (dir. Daniel Tinayre, 1960), donde se escenificaba cómo una barra de jóvenes violaba a una profesora apenas llegaba a dar clases al barrio obrero donde vivían. Y si en ese caso se enfatizaba en la sexualidad violenta de los jóvenes en vaquero, en otras se los asoció con la homosexualidad. Uno de los primeros reportes sobre la “escena gay” en Buenos Aires, por ejemplo, sostenía que “los homosexuales asumen los mismos estilos que los jóvenes iracundos, blue jeans y remeras blancas: es imposible distinguirlos”.<sup>84</sup> Aunque con un giro diferente, David Viñas abonaba esas asociaciones al acuñar la “categoría Marlon Brando” para definir a los “muchachos” que daban vueltas por Buenos Aires “ajustándose y ajustándose los *bluyíns*, a la espera de venderse al mejor postor”.<sup>85</sup> En términos de Viñas, esos “jóvenes plebeyos” sacaban a la luz la hipocresía moral de una sociedad burguesa con aires de respetabilidad. En cualquier caso, en la intersección de las décadas de 1950 y 1960, el uso del vaquero evocaba a jóvenes de los sectores menos pudientes, y a actitudes social y sexualmente amenazantes.

---

<sup>82</sup> Martha Bechís de Ameller, “Adolescentes de clase baja,” *Revista de la Universidad de Buenos Aires* Vol. 7, No. 3, Julio—Septiembre, 1962, 457-69

<sup>83</sup> Simonetta Piccone-Stella mostró que en Italia el uso del jean era considerado “signo de conductas pandilleras”, *La prima generazione: ragazze e ragazzi nel miracolo economico italiano*, Milan, FrancoAngeli, 1993, 156-9.

<sup>84</sup> “El amor que no osa decir su nombre,” *Panorama* No. 19, Diciembre de 1964, 128-35.

<sup>85</sup> David Viñas, *Dar la cara*, Buenos Aires, Jancana, 1962, 298-9.



Hacia 1963, sin embargo, algunas marcas norteamericanas comenzaron a abrirse camino y, en ese movimiento, el mercado se expandió con la incorporación de nuevos consumidores. Los jeans Lee o Levi's eran una mercancía de lujo: se importaban en lotes pequeños, se vendían en tiendas exclusivas, y su precio cuadruplicaba al de los vaqueros.<sup>86</sup> Aunque orgullosa de haber vendido casi un millón de Far West en el primer semestre de 1966, Alpargatas encargó a su agencia publicitaria un estudio para identificar cómo interpelar a los consumidores de jeans que nunca habían comprado un par. JWT condujo así una encuesta con 500 jóvenes “de clase media y media alta”, en la que una mayoría juzgaba que los vaqueros eran “excesivamente azules, rústicos y ajustados” si se los comparaba con los importados: “delicados, terminados de forma correcta y holgados”.<sup>87</sup> Apuntando a ese segmento, Alpargatas lanzó una segunda marca, Super Far West. La empresa pagó por una campaña publicitaria intensa, pero el Super Far West fue un fiasco: los jóvenes a quienes iba dirigido ni siquiera entraban a los locales a probárselos.<sup>88</sup>

La dicotomía entre vaqueros y jeans canalizaba una disputa por la construcción de sentidos de distinción intra-generacionales. Para los jóvenes que respondieron a la encuesta de JWT haciendo gala de conocimientos técnicos, solo los jeans importados garantizaban elegancia y “buen gusto”. Como lo planteó Bourdieu, “los gustos son quizá, primero y principal, dis-gustos, provocados por el horror o la intolerancia visceral del gusto de los otros”.<sup>89</sup> Los chicos de sectores medios y altos proyectaban sobre los vaqueros su “horror” por el gusto de sus pares generacionales menos acomodados mientras usaban la misma tela—el denim—y la misma prenda de vestir que denotaba juvenilidad al elaborar sus sentidos de distinción, cultural y de

---

<sup>86</sup> Para una visión retrospectiva, ver “El motor de la moda,” *Panorama* No. 137, 9 de diciembre de 1969, 30.

<sup>87</sup> “Casi un millón de vaqueros vendidos en seis meses,” *JWT Aquí Latinoamérica* No. 2, Septiembre de 1966, Newsletter Series 1917-1983, JWT Archives.

<sup>88</sup> “Un aviso diferente,” *JWT Aquí Latinoamérica* No. 3, Octubre – Noviembre 1966, Newsletter Series 1917-1983, JWT Archives; “Las cosas por su nombre,” *Mercado* No. 222, 11 de octubre de 1973, 40-44.

<sup>89</sup> Bourdieu, *Distinction*, 56.

clase. No casualmente, cuando *Tía Vicenta* lanzó su “primer campeonato de *cáqueros*” y pidió a los participantes que escribieran para detallar sus perfiles competitivos, varios especificaron que solamente usaban “pantalones oxford” o “jeans importados”, ya que no querían parecerse al “viejo Brando” o a “esos *mersas* que andan con sus Far West ajustados”.<sup>90</sup>

Si bien las disputas en torno al gusto continuaron desplegándose en una cultura de masas juvenilizada, a mediados de la década de 1960 cambiaron las “olas” y emergieron tendencias que darían con la articulación de formas y actitudes más contestatarias en las culturas juveniles. De hecho, en la escena musical, la “nueva ola” emblemática por *El Club del Clan* estaba exhausta y llegaba otra que traía la estética y el sonido de The Beatles y de bandas regionales y locales que se los apropiaban, como el cuarteto uruguayo Los Shakers. Asimismo, cualquier observador atento que atravesara las inmediaciones del Instituto Di Tella a comienzos de 1966 podría percibir que comenzaban a pulular muchachos con el pelo más largo de lo habitual, quizá a la caza de los primeros discos importados de los Rolling Stones, Jefferson Airplane o Jimi Hendrix. En el proceso de apropiación de esos sonidos y estéticas, y en el rechazo a los elementos musicales y culturales representados por Palito Ortega, fue gestándose una cultura alrededor del rock, que ya no se encorsetaba en la oposición entre *mersas* y *cáqueros* sino que—como veremos—crearía otros sentidos en torno al consumo. Y fue en relación con los consumos que la juventud—una categoría que encerraba diferencias de clase y género de los jóvenes de carne y hueso—se fue visibilizando como un actor con fuerza propia.

### **Ella se va de casa: género y sexualidad**

La nueva sociabilidad juvenil y la expansión de la escolarización tuvieron un impacto muy diferente según se tratara de varones y mujeres. Como lo han subrayado quienes trabajaron sobre

---

<sup>90</sup> “Primer campeonato mundial de cáqueros,” *Tía Vicenta* No. 252, 1 de Julio de 1963; No. 255, 22 de Julio de 1963; No. 259, 12 de agosto de 1963; No. 270, 28 de octubre de 1963.

historia de las mujeres y del género en la década de 1960, las chicas lograron autonomías a partir de su participación más amplia y sostenida en los terrenos educativos, laborales y recreativos; se aventuraron en nuevas pautas de cortejo y noviazgo; y contribuyeron a la transformación de la moral sexual. En deuda con las narrativas de la modernización sociocultural, estas historias miraron tendencias en el mediano plazo y enfatizaron en el cambio sin observar las formas concretas en las se vivió.<sup>91</sup> Las chicas en efecto protagonizaron los cambios implicados en los aspectos más cotidianos de la modernización sociocultural, pero esos cambios no estuvieron exentos de dilemas, como los que tenían lugar en muchas familias y se manifestaron de manera extrema, por ejemplo, a través fugas del hogar. Recuperando una canción de Los Beatles, literal y simbólicamente ellas se “iban de casa”, alterando las formas de vivir las relaciones entre mujeres y varones y los modos de experimentar la sexualidad.

Desde fines de la década de 1950, las experiencias y expectativas de las chicas se estaban volviendo muy diferentes a las de sus madres. Como ya se ha detallado, a lo largo de los años sesenta la matrícula en los niveles medio y universitario se feminizó, a la vez que en el terreno laboral se profundizaron algunas tendencias y se insinuaron nuevas. Por un lado, continuó un proceso de migración desde áreas rurales o pueblos hacia ciudades: según el censo de 1960, la tasa de masculinidad en Buenos Aires equivalía a 100, y entre los migrantes recientes era de 62,9, lo cual mostraba un desequilibrio entre varones y mujeres, cuya edad promedio a la llegada a su nuevo destino era de 20 años.<sup>92</sup> Como relataban en uno de los pocos estudios cualitativos sobre migraciones producido en los años sesenta, además de oportunidades laborales en el sector

---

<sup>91</sup> Ver, por ejemplo, María del Carmen Feijoo and Marcela Nari, “Women in Argentina during the 1960s,” *Latin American Perspectives*, Vol. 23, No. 1, invierno de 1996, 7-26; Karina Felitti, “El placer de elegir: Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta,” en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini, ed. *Historia de las mujeres en la Argentina*, vol. 2, (Buenos Aires: Taurus, 2000), 155-70; Dora Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2007), 224-35.

<sup>92</sup> Zulma Recchini de Lattes, *Aspectos demográficos de la urbanización en la Argentina, 1869-1960*, Buenos Aires, Ediciones del Instituto, 1973, 62.

industrial o el servicio doméstico, las chicas buscaban también opciones de recreación urbanas.<sup>93</sup> Esta tendencia parecía menos novedosa que una segunda: las chicas en el grupo de edad 20-4 aumentaron su participación en la fuerza laboral desde un 39 por ciento en 1960 a un 44 en 1970, y lo hicieron en empleos en comercio y oficinas.<sup>94</sup> Las chicas se apropiaban de posibilidades educativas y laborales que creaban una etapa vital diferente: no eran niñas y, según datos de la Ciudad de Buenos Aires—donde la edad promedio de casamiento pasó de 22 en 1900 a 26 en 1965—tampoco devenían rápidamente esposas.<sup>95</sup> De manera práctica, ponían en cuestión ideales de vida hogareña diseminados en la primera mitad del siglo XX entre los sectores medios y que se extendieron entre los sectores populares durante el peronismo.<sup>96</sup>

Esas perspectivas en términos educativos y laborales se entrecruzaban con la emergencia de una sociabilidad juvenil mixta y que daba lugar a nuevas pautas de cortejo y noviazgo. Más allá de las diferencias en circuitos, que denotaban situaciones de clase, opciones culturales e incluso edad—y cuyos ejemplos más extremos eran el formado alrededor del Instituto Di Tella y el de los bailes de fines de semana en los que actuaba *El Club del Clan*—todos tendían a privilegiar la interacción intra-generacional. Ya desde fines de la década de 1950, columnistas en las revistas femeninas indicaban a las madres las características de esa sociabilidad, sugiriéndoles mantener una discreta vigilancia sobre las opciones de sus hijas, pero tolerar que prefirieran salir en grupos donde “flirteaban” con chicos sin iniciar una relación estable. Mientras éstas y su horizonte matrimonial eran lo deseable, columnistas como Eva Giberti alentaban la experimentación.<sup>97</sup> Sin

---

<sup>93</sup> Mario Margullis, *Migración y marginalidad en la sociedad argentina* (Buenos Aires: Paidós, 1968), 78, 130-1.

<sup>94</sup> Zulma Recchini de Lattes, *La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970*, Buenos Aires, Cuadernos del CENEP No. 11, 1977.

<sup>95</sup> Susana Torrado, *Historia de la familia en la Argentina moderna*, Buenos Aires, de la Flor, 2003, 270.

<sup>96</sup> Cosse, *Pareja, sexualidad y familia*, 116-24.

<sup>97</sup> Eva Giberti, “Un nuevo estilo: la emancipación de los hijos,” *La Razón*, 19 de abril de 1960, 13; ver también Mario Bernal, “A dónde van nuestras hijas,” *Claudia* No. 2, Julio de 1957, 55-8; “Hay que contemporizar,” *Para Ti* No. 2062, 13 de febrero de 1962, 45; “Nace una mujer,” *Vosotras* No. 1373, 29 de marzo de 1962, 46-7. Ver

embargo, a juzgar por la insistencia con las que las chicas escribían a las revistas femeninas, no era fácil conciliar la nueva sociabilidad y pautas de cortejo con los requerimientos familiares. Una maestra de 20 años, por ejemplo, se quejaba por el hecho que ella trabajaba y ganaba su dinero, pero sus padres no la dejaban salir a la noche, “ni siquiera con amigas”.<sup>98</sup>

Las tensiones entre las expectativas y experiencias de las chicas y las formas de construir y reforzar la autoridad patriarcal estuvieron en la base de dilemas cotidianos. Una educadora, por ejemplo, publicó cartas que le enviaban sus alumnas de una escuela en La Plata: “mis padres son los carceleros de mi acción y de mis pensamientos, solo quiero irme de esta prisión”, escribía una chica de 17 años; mientras otra confesaba que ya no soportaba más el encierro y pensaba siempre en “el día de la fuga”.<sup>99</sup> Y en la intersección de las décadas de 1950 y 1960, muchas chicas pusieron su deseo en acción, o al menos eso indican para la Ciudad de Buenos Aires las *Ordenes del día* donde la Policía Federal anotaba casos de fugas y desapariciones. Las chicas entre 14 y 25 años constituían el 85 por ciento de todos los casos. En 1953 hubieron 491 casos; en 1955, 629; en 1957, 648; en 1960, 724; en 1963, 683; y en 1965, 679.<sup>100</sup> Las estadísticas muestran que los casos se producían en todos los barrios pero que, desde 1957, una mayoría se daban en barrios de clase media, que la edad promedio de las chicas descendió de 18 años en 1953 a 16 en 1963 y que un 32 por ciento de las fugas se producía durante el verano, probablemente porque las chicas pasaban más tiempo en sus casas por las vacaciones escolares.<sup>101</sup>

---

Isabella Cosse, “Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970),” *Entre pasados*, No. 39, 2008, 31-47.

<sup>98</sup> “¿Es ese su problema?,” *Vosotras* No. 1165, 3 de abril de 1958, 82; No. 1374, 5 de abril de 1962, 63; cartas similares en *Vosotras* No. 1142, 25 de octubre de 1957, 80; No. 1189, 18 de septiembre de 1958, 82; No. 1215, 19 de marzo de 1959, 68; No. 1227, 11 de junio de 1959, 76.

<sup>99</sup> “El adolescente y la familia,” *Revista de Ciencias de la Educación*, Vol. 4, Abril de 1959, 99-108.

<sup>100</sup> Esas cifras están basadas Policía Federal Argentina, *Orden del día*, 1 de enero al 31 de diciembre de 1953, 1955, 1957, 1960, 1963 y 1965, los únicos años del período 1950-1970 para los cuales la información está completa.

<sup>101</sup> En 1955, las dos comisarías que más casos registraban fueron las correspondientes a Once y Parque Patricios, y desde 1957 fue la No. 19, correspondiente a Barrio Norte, la que lideró la estadística.

El aumento en los casos de fugas constituyó un indicio de las dificultades del “irse de casa” y fue el telón de fondo para que un conjunto de actores pugnara por limitar las libertades que las chicas iban ganando. De hecho, desde el estreno del filme homónimo de Federico Fellini, ciertos segmentos de la prensa y grupos católicos insistían en que las chicas que se iban de su casa lo hacían para vivir la “Dolce Vita”, cierta vida hedonista y sexualmente activa que, creían, alcanzaba a amplios sectores de la juventud.<sup>102</sup> Fue ésa la clave usada en la creación de uno de los pánicos morales más recordados de la década, aquel alrededor de Norma Penjerek, la joven de 17 años que salió de su casa de Flores el 29 de mayo de 1962 para ir a una clase de inglés y nunca más regresar: su cuerpo fue encontrado tres meses después en un baldío del Gran Buenos Aires. Tras un año sin noticias, a mediados de 1963 una mujer declaró ante un juez que la había visto en una casa “dedicada a la Dolce Vita” y que, tras una pelea con su gerente, éste habría decidido matarla. El “caso Penjerek” nunca se resolvió, pero sirvió para que entre agosto y octubre de 1963 se profundizara el escrutinio de las libertades y la moral sexual de las chicas. Mientras la Ligas de Madres pedía la imposición del estado de sitio y saludaban las 2000 razzias en locales bailables, el Ministro de Educación autorizó a la policía a inspeccionar la salida de las escuelas, iniciativa aplaudida por cientos padres que escribían a la prensa. Ni la Confederación General del Trabajo ni los diputados radicales permanecieron ajenos, y enfatizaban la necesidad de “garantizar la unidad de la familia” e impedir que “nuestras chicas se nos vayan”.<sup>103</sup> El “caso Penjerek” puso evidencia que no solo los grupos más conservadores se preocupaban por lo que veían como un desvanecimiento de la autoridad patriarcal que, según creían, implicaba la

---

<sup>102</sup> “Estragos de la Dolce Vita,” *La Razón*, 15 de marzo de 1961, 7; “La juventud y la Dolce Vita,” *Nuestros Hijos* No. 74, marzo de 1961, 34-6; “¿Entró usted en la Dolce Vita?,” *Vosotras* No. 1365, 1 de febrero de 1962, 58-9.

<sup>103</sup> “La CGT opina,” *Clarín*, 28 de septiembre de 1963, 13; *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, Vol. 7, 11 de diciembre de 1963, 647.

desarticulación del hogar tal cual se conocía. De manera hiperbólica, el “caso Penjerek” también abrió la puerta para la discusión pública de la sexualidad juvenil.

Las chicas estuvieron en el centro de las lentas pero insoslayables transformaciones de la doble moral sexual, que estipulaba que las mujeres debían permanecer vírgenes hasta llegar a la institución legitimada para el ejercicio del sexo—el matrimonio—mientras a los varones se les admitía experiencia sexual previa. Con el correr de los sesenta, esa doble moral se erosionó a partir de la consolidación de una nueva actitud respecto al sexo prematrimonial, algo que—pasando a la práctica—podía ser ayudado por la circulación de más información sobre métodos anticonceptivos y la incipiente diseminación, entre chicas de sectores medios, de la píldora.<sup>104</sup> En 1963, una encuesta indicaba que las chicas creían que el sexo prematrimonial era importante para conocer a la futura pareja, algo que todas las encuestadas por *La Bella Gente* subrayaron en 1969.<sup>105</sup> En ese mismo año, *Análisis* diseñó una encuesta para saber “cómo se aman los jóvenes”, y encontró que 67 por ciento de los varones y 57 de las mujeres entre 20 y 25 aprobaban el sexo prematrimonial, mientras que 19 y 13 por ciento más creía que “depende de la relación”.<sup>106</sup> Los cambios no eran fáciles de procesar. En 1969, seis de cada diez universitarios encuestados por *Confirmado* indicaba que prefería ser el “primero” para sus novias.<sup>107</sup> Hasta periodistas de rock temían por la “actitud deportiva hacia el sexo” que decían encontrar entre las más jóvenes.<sup>108</sup> En definitiva, muchos varones no estaban dispuestos a abandonar sus prerrogativas sexuales.

---

<sup>104</sup> Karina Felitti, “La revolución de la píldora anticonceptiva y la cuestión demográfica en Buenos Aires: apropiaciones y resignificaciones de un debate transnacional (1960-1973),” en Kathya Araujo y Mercedes Prieto, *Estudio sobre las sexualidades en América Latina*, Quito, FLACSO Ecuador, 2008, 165-71.

<sup>105</sup> “La mujer moderna no se ruboriza, pero sigue respetando al hombre,” *Primera Plana* No. 37, 18 de julio de 1963, 18; “Sexo, ¿quién nos lo explica?,” *La Bella Gente* No. 3, December 1969, 82-5.

<sup>106</sup> E.L.G, “Cómo se aman los jóvenes,” *Análisis* No. 422, April 15, 1969, 40-6.

<sup>107</sup> “Universidad y juventud,” *Confirmado* No. 209, 19 de junio de 1969, 38

<sup>108</sup> “Erotismo y ternura entre los argentinos,” *Extra* No. 3, septiembre de 1965, 17; “Frente al matrimonio,” No. 23, junio de 1967, 57; “Relaciones sexuales prematrimoniales, ¿sí o no?,” *Siete Días* No. 116, 28 de julio de 1969, 53.

Cuando en 1967 desembarcó en el mercado local el memorable *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* conteniendo “She’s Leaving Home”, las chicas que iniciaban su vida joven tenían cierto tramo del camino hacia el “irse de casa” allanado. Los cuestionamientos prácticos a los ideales de vida hogareña y autoridad patriarcal que, sin ser auto-concientes, las chicas habían llevado adelante desde fines de la década de 1950—y que tantos dilemas habían generado— fueron sedimentando en nuevas condiciones y expectativas para cohortes futuras. Las tendencias de la moda eran, en este sentido, a la vez indicativas y expresivas. Una encuesta realizada en el área metropolitana de Buenos Aires en julio de 1967, por ejemplo, revelaba que 65 por ciento de las chicas entre 14 y 25 había comprado una minifalda en los seis meses anteriores, “superando prejuicios propios y enfrentando a padres o tutores”, concluía irónicamente el reporte.<sup>109</sup> En cualquier caso, la extensión de la minifalda y el inicio del uso masivo de pantalones—incluidos los jeans—evidenciaban una nueva relación con sus cuerpos, una disposición a exhibirlos más abiertamente. Oblicuamente, esas actitudes corporales y formas de presentación se imbricaban con una cultura contestataria que se iba desarrollando fundamentalmente mediante la apropiación de estéticas e imágenes de un repertorio transnacional ligado al rock.

### **El “rock nacional” y la emergencia de una cultura juvenil contestataria**

Como sugirió Pablo Vila en su estudio pionero sobre el “rock nacional”, los roqueros—músicos, poetas, fans—construyeron sus prácticas por oposición a otras formas de culturas juveniles—como las cristalizadas en *El Club del Clan*. En la articulación de un marco de ideas, los roqueros entendían que “pertenecer” al movimiento que creaban—a través de una resignificación sónico-estética de elementos de una cultura transnacional—dependía de no inmiscuirse en la maquinaria

---

<sup>109</sup> “Anatomía de la minifalda,” *Primera Plana* No. 236, 4 de Julio de 1967, 40, ver también “La consagración de la minifalda,” *Siete Días* No. 86, 12 de diciembre de 1969, 13.



comercial y permanecer auténticos. La apelación a la noción de autenticidad sirvió también a la creación del sujeto de la poética roquera: un “yo libre” que no se sometería a las convenciones de la vida ordinaria.<sup>110</sup> Sin embargo, ni ese “yo libre” ni el movimiento asociado al rock fueron neutrales en términos de género: en su etapa inicial, entre 1966 y 1970, la cultura del rock fue masculina y se nutrió del descontento con el autoritarismo que atravesaba la vida cotidiana de los varones jóvenes, incluyendo los mandatos sobre qué era deseable para la masculinidad.

Las dinámicas del “hacerse hombre” se puntuaban por dos instituciones básicas—la escuela y el servicio militar obligatorio—donde se suponía que los chicos internalizarían ciertos valores para el ingreso a la vida adulta. Como ya se ha analizado, las reacciones frente al autoritarismo que emanaba de la escolarización secundaria eran ubicuas entre chicas y chicos. Tras el golpe de 1966, sin embargo, éstos padecerían disposiciones específicas: las autoridades educativas, por ejemplo, insistían que debían practicar tiro, algo que muchos auto-identificados roqueros veían como el epítome del ethos militarista que impregnaba la escuela.<sup>111</sup> Asimismo, en 1969, cuando una estética corporal comandada por el uso del pelo largo se extendía, directores de 25 escuelas enviaron cartas a los padres especificando que sus hijos debían usar el pelo ocho centímetros por sobre el cuello, o serían suspendidos.<sup>112</sup> La escuela alimentaba el descontento, sensibilizando a los chicos sobre el ejercicio del autoritarismo y a eso mismo colaboraba el servicio militar. Como lo narró Miguel Cantilo en una de las pocas memorias de un roquero—fan, y luego poeta y músico—para él y sus amigos con una “sensibilidad alternativa”, la conscripción representaba

---

<sup>110</sup> Pablo Vila, “Rock Nacional: The Struggle for Meaning”, *Latin American Music Review*, Vol. 10, No. 1, 1989, 1-28; Claudio Díaz, *Libro de viajes y extravíos: un recorrido por el rock argentino (1965-1985)*, Urquillo, Narvaja Editor, 2005.

<sup>111</sup> Dirección de Enseñanza Secundaria, Circular No. 37/969, Junio 4, 1969; Administración Nacional de Educación Media, Nota D-015/971, Mayo 18, 1971, AJVG; “Los profesores,” *Cronopios* No. 1, octubre de 1969, 85; “El contestador,” *La Bella Gente* No. 25, febrero de 1972, 89.

<sup>112</sup> “Melenudos del mundo, uníos,” *Panorama* No. 101, 1 de abril de 1969, 10-11.

una “trampa mortal”.<sup>113</sup> Más allá de sus diferencias, ambas instituciones promovían el respeto a las jerarquías y un sentido de respetabilidad que atendía a la higiene y a la presentación corporal. De acuerdo a la interpretación de algunos jóvenes, el resultado del pasaje por la escuela y la conscripción era un “hombre sumiso”, como el oficinista.<sup>114</sup> Verdadera contra-figura para quienes crearon una cultura del rock en la Argentina, el oficinista evocaba un destino—como el de muchos de sus padres—y una relación particular por la cual, se creía, los varones debían “sobre-trabajar” para “sobre-consumir”. Ya un blues del trío Manal lo advertía: “No hace falta tener un auto/ni relojes de medio millón/cuatro empleos bien pagados/no, no, no pibe/para que alguien te pueda amar”.<sup>115</sup> Antes que entregarse a las rutinas, el consumismo y la “vida gris”—tales las representaciones de las vidas de los adultos—los roqueros llamaban a ser “pibes” para siempre, preservando la espontaneidad y autenticidad asociadas a esa figura.

Además de sus gustos musicales, los roqueros, “hippies” o “náufragos”—términos intercambiables a fines de los sesenta—compartían una estética, emblemática por el largo del pelo, que les permitía reconocerse y crear, aún simbólicamente, lazos fraternales. Diversas “fraternidades de pelilargos”, de hecho, se apropiaban de plazas o esquinas mientras tocaban la guitarra, cantaban, o charlaban. Irónicamente, esos mismos estilos ayudaron a que fueran un blanco fácil de las andanadas represivas, que escalaron entre fines de 1967 y comienzos de 1968—cuando “La Balsa”, compuesta por Tanguito y Litto Nebbia y grabada por el cuarteto Los Gatos, se convertía en el primer himno de los roqueros locales. En aquellas seis semanas, 180 chicos fueron detenidos, acusados de vagancia y alteración del orden público, no solo en el centro porteño sino también en barrios como Paternal y Villa Pueyrredón, o en las ciudades de

---

<sup>113</sup> Miguel Cantilo, *Chau Loco: Los hippies en la Argentina de los setenta*, Buenos Aires, Galerna, 2000, 19-20.

<sup>114</sup> “El contestador,” *La Bella Gente* No. 20, septiembre de 1971, 85; No. 21, octubre de 1971, 87; No. 22, noviembre de 1971, 88-9; No. 23, diciembre de 1971, 91.

<sup>115</sup> Javier Martínez, “No pibe”, en Manal, *Manal* © Mandioca, 1970.

Córdoba y Mendoza.<sup>116</sup> Además de la policía, los roqueros fueron asediados por “civiles”, como los del “grupo de Nueva Pompeya” que diariamente iban a Plaza Francia a pegarles a los “hippies” o los “100 jóvenes de pelo corto” que apedrearon a los pelilargos marplatenses.<sup>117</sup> Como afirma Sergio Pujol, las reacciones represivas “le dieron coherencia interna a los hippies argentinos” y explican porqué el antiautoritarismo se solidificó como el elemento ideológico más saliente para un movimiento que se expandía.<sup>118</sup> A su vez, esas reacciones represivas ayudaron a entender, al menos parcialmente, la escasa participación de las chicas en la sociabilidad roquera.

Hasta bien entrada la década de 1970, la “fraternidad de pelilargos” excluía a las chicas. Como relataba una entrevistada, aún cuando ella y sus amigas escucharan música rock en sus casas, les resultaba difícil obtener el permiso de sus padres para ir a conciertos, percibidos—no sin razón—como espacios “peligrosos.”<sup>119</sup> Muchas chicas habrán podido concurrir, sin embargo, a los conciertos organizados por un programa de radio para celebrar el fin del año escolar 1969—que convocaron 30.000 personas para escuchar a las bandas más importantes del momento—pero para los músicos y los “verdaderos roqueros”, esas eran ocasiones “para hacer dinero” y no para “tocar en serio.”<sup>120</sup> Cuando participaban en la sociabilidad roquera, las chicas lo hacían en contextos que sus pares varones despreciaban. Es más, la búsqueda de separarse de lo femenino organizó una de las mayores dicotomías de la cultura del rock en su etapa pionera, aquella que separaba al cuarteto Almendra del trío Manal. El liderazgo de Luis Alberto Spinetta proveía a Almendra de una poética muy sofisticada—hasta onírica—y de una música exquisita que descansaba en la fusión, notablemente con el tango. Manal, por su parte, localizaba al blues y se

---

<sup>116</sup> “Hippies en Buenos Aires,” *La Razón*, 30 de noviembre de 1967, 13. “Hippies al calabozo,” 10 de enero de 1968, 8; “La guerra anti-hippies,” 23 de enero de 1968, 6.

<sup>117</sup> “Tumultos en la misa negra,” *Siete Días* No. 36, 16 de enero de 1968, 15; “Descomunal desorden entre hippies y anti-hippies en Mar del Plata,” *La Razón*, 11 de enero de 1968, 8.

<sup>118</sup> Pujol, *La década rebelde*, 72.

<sup>119</sup> Entrevista con Hilda L. (nacida en 1952 en la Ciudad de Buenos Aires), 22 de agosto de 2007.

<sup>120</sup> “Adiós al secundario,” *La Bella Gente* No. 3, febrero de 1970, 78.

basaba en la poética de Javier Martínez, focalizando en descripciones de paisajes urbanos duros.<sup>121</sup> Esa oposición estética ha sido evaluada en términos de clase: Manal habría interpelado a una audiencia popular, que le negaba a Almendra su derecho a pertenecer a la cultura del rock por tratarse de “pibes de clase media”.<sup>122</sup> Sin embargo, los miembros de los dos conjuntos provenían de los sectores medios y, como lo recuerda quien fuera manager de Manal, ambos atraían a una audiencia poli-clasista: “Pero Almendra eran más blandito,” concluye, “si hasta le gustaban a las chicas”. En este recuerdo, y en las opiniones de los fans de Manal de aquel entonces, el trío era más “auténtico” porque “sonaba más macho.”<sup>123</sup> En su oposición a los modelos de masculinidad emblemáticos en el “oficinista”, al menos un segmento de roqueros colaboraba con la exclusión de lo femenino de la cultura que estaban creando.

Hacia 1970, la cultura del rock se había diversificado y consolidado, constituyéndose en una de las facetas de una cultura juvenil contestataria. Al tiempo que se editaban sus primeros long play, las bandas centrales de la “etapa pionera”—Manal, Almendra, Los Gatos—se separaban para intentar emprendimientos más arriesgados, confirmando las reglas de autenticidad. Como editorializaba la primera revista especializada, *Pelo*, esa coyuntura indicaba un futuro auspicioso para el rock argentino: los músicos estaban evitando “la trampa comercial” y formarían nuevas bandas, multiplicando así el potencial creativo.<sup>124</sup> Quizá por esa razón, *Pelo* se aventuró en 1970 a organizar el primer Festival Buenos Aires Rock, con la participación de los “pioneros” y las nuevas camadas sobre el escenario, y con seis mil personas que asistieron a cada una de las cinco

---

<sup>121</sup> A modo de ejemplo, refiero a Luis Alberto Spinetta, “Hoy todo el hielo en la ciudad,” en Almendra, *Almendra*, 1970 ©RCA, ahora ©Sony-BMG; Javier Martínez y Claudio Gabis, “Avellaneda’s Blues,” en *Manal*, Manal, 1970 ©Mandioca, ahora ©Sony-BMG.

<sup>122</sup> Vila, “Rock Nacional”, 12-3; Pablo Alabarces, *Entre gatos y violadores: el rock nacional en la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1995, 49.

<sup>123</sup> Entrevista con Mario Rabey, 22 de julio de 2008; “El contestador,” *La Bella Gente* No. 8, septiembre de 1970, 8.

<sup>124</sup> “La crisis más severa de la música pop argentina”, *Pelo* No. 8, septiembre de 1970, 6.

tardes “de música y paz”, cifra triplicada al año siguiente.<sup>125</sup> Un informe periodístico subrayaba que la audiencia se componía de “muchachones que llegan en colectivo desde todo el conurbano bonaerense”, y concluía que lo único que compartía—además de su gusto por el rock—era su antiautoritarismo.<sup>126</sup> Desde otros epicentros contestatarios, como la izquierda revolucionaria, ese antiautoritarismo y las estrategias de rebelión frente a las vicisitudes de la vida ordinaria de los roqueros no parecían ser suficientes.

### Conclusiones

En el filo de los setenta, la cultura del rock constituía sólo una faceta de una cultura contestataria más abarcadora. Desde la serie de revueltas populares que se concatenaron en mayo de 1969 y que tuvieron a los estudiantes universitarios y secundarios como protagonistas, los jóvenes y la categoría de juventud misma mostraban estar politizándose. Así lo confirmaban los viejos y nuevos actores que habían contribuido a hacer de la juventud un objeto de atención y debate. A diferencia de los informes que publicaban en los tempranos sesenta, por ejemplo, las revistas de actualidad ya no se interesaban tanto en relaciones intergeneracionales o sexualidad como en las opiniones políticas juveniles, procurando encontrar claves para saber si estaban “dispuestos a la revolución”.<sup>127</sup> Fue en ese contexto, también, que los profesionales psicológicos, que valoraban la “rebelión normal” de los jóvenes, empezaron a auscultarla con nuevos bríos. “Entender a la juventud es urgente”, sostenía Mauricio Knobel ante 1800 colegas en la inauguración de la Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia, ya que “la rebelión juvenil es generalizada”.<sup>128</sup> En similar sentido se expresaba Perón, quien en julio de

<sup>125</sup> “El festival para sacar cabeza”, *Pelo* No. 10, noviembre de 1970, 52.

<sup>126</sup> “Beat, un estilo de vida”, *Clarín – Revista de los jueves*, 2 de diciembre de 1971, s/p.

<sup>127</sup> Adriana, “Los jóvenes frente al mundo,” *Siete Días* No. 123, 15 de septiembre de 1969, ix-xi; xxi; Cristina Irala, “Los estudiantes: cómo son, qué piensan, qué quieren,” *Gente* No. 244, 23 de marzo de 1970, 80-3; “Los jóvenes, el país y el mundo,” *Gente* No. 247, 16 de abril de 1970, 66-70.

<sup>128</sup> Mauricio Knobel, “Primer Congreso Argentino de Psicopatología Infanto-Juvenil,” *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, Vol. 15, No. 3, septiembre de 1969, 217.

1969 comparó las revueltas argentinas con las de París en 1968, concluyendo que ambas eran parte de una “revolución internacional” en la cual la juventud debía “tomar el rabo”.<sup>129</sup> Sin abordar aquí las ramificaciones que adquirió esa cultura contestataria, entendemos que un análisis de mediano plazo atento a las ambivalencias de la modernización sociocultural puede ayudar a explicar su alcance y heterogeneidad.

Desde los inicios de los sesenta largos, la juventud se instaló como una categoría crucial mediante la cual diversos actores proyectaron sus expectativas y ansiedades en torno a los cambios que veían en marcha en las relaciones familiares y entre varones y mujeres, la moral sexual y eventualmente la política. Mientras las voces culturalmente más conservadoras creían ver en la sociabilidad juvenil los efectos más perniciosos de las nuevas dinámicas familiares y de género, llegando a asociar a aquella con la posibilidad de una “infiltración comunista”; el tono general fue mucho más optimista. Los profesionales psicológicos y las revistas de actualidad de los tempranos sesenta entrevistaron en la juventud a un agente de cambio: la “crisis” propia de la edad juvenil era puesta en consonancia con la “crisis” de una época, y era tarea de los jóvenes, sus familias y los consejeros expertos el lograr que ambas se superaran con éxito. Esto último suponía erosionar formas de relación autoritarias en el seno familiar, pero con ellas también en la cultura y, quizá, la política. Y si bien el resultado de esa transición no estaba garantizado, a mediados de la década el panorama que presentaban, en especial, las revistas de actualidad, era prometedor: prudentes en lo sexual y lo político, cosmopolitas en sus consumos culturales, los jóvenes parecían ser el puente hacia una sociedad más democrática, racional y, en definitiva, moderna. No es que en esas representaciones fuesen infundadas sino que constituían expectativas de cómo la modernización sociocultural debía procesarse. Mirando otras dimensiones de la historia de los jóvenes, las ambivalencias de esa modernización se tornan mucho más evidentes.

---

<sup>129</sup> “Carta del General Perón a Juan García Elorrio,” *Cristianismo y Revolución* No. 19, agosto de 1969, contratapa.

A lo largo de los sesenta, la expansión de la matrícula secundaria y universitaria, tanto como la consolidación de nuevas formas de consumo y sociabilidad fueron dos de los terrenos donde modernización sociocultural y experiencia juvenil se articularon. En el primer caso, se ha insistido aquí en reconstruir las características de la escolarización secundaria. Ese nivel se masificó, proveyendo la base para una experiencia juvenil más homogénea que décadas atrás y, también, para la reanudación de expectativas de movilidad social ascendente. En ese mismo movimiento, sin embargo, más chicos y chicas ingresaban a un mundo regimentado de manera autoritaria, resistente a todo cambio—ya sea curricular o disciplinario. Explorando desde esta clave, es posible revalorar la experiencia de esa minoría en expansión que se matriculaba en las universidades y que ingresaba, sobre todo si lo hacía en las Facultades más visibles del centro porteño, a enclaves donde emergían vanguardias culturales y políticas. Centrar el análisis del fenómeno juvenil en esos espacios, sin embargo, induce a dejar a un lado las implicancias de la escuela secundaria para entender cómo una mayoría experimentó la modernización sociocultural antes y después del golpe de 1966, tanto como a relegar otro desarrollo, la juvenilización de la cultura de masas. Fue a partir de esta última que los jóvenes articularon formas de sociabilidad y consumo que fueron intra- antes que inter- generacionales, al tiempo que ganaban visibilidad en la escena pública. Mientras que la escolarización secundaria y, en menor medida, la universitaria, traían la promesa de homogeneizar, los consumos y la sociabilidad fueron ámbitos de producción de sentidos de distinción relacionados con locaciones culturales y de clase, y que complican, de esa manera, la persistencia de cualquier noción unívoca de “cultura juvenil”.

La escolarización y las nuevas pautas de sociabilidad se vivieron de forma diferente por varones y mujeres. Se ha sugerido aquí que en la intersección de las décadas de 1950 y 1960 fueron las chicas quienes mejor corporizaron la “brecha generacional”: sus experiencias y

expectativas distaban más de las de sus madres, que las de los chicos con respecto a las de sus padres—no obstante en esta relación ya se configuraban cambios, como los que se marcaban por el quiebre de los códigos intergeneracionales de vestimenta. En cualquier caso, aquellas transformaciones en las experiencias y expectativas implicaban la posibilidad de poner en cuestión, de manera práctica, los ideales de vida doméstica y autoridad patriarcal y estuvieron en la base de una miríada de dilemas que mostraban hasta dónde los discursos modernizadores de la familia y el ideal de que los jóvenes fueran agentes de cambio se chocaban con formas sedimentadas de autoritarismo familiar. Esto último no obtura que el “cambio” se produjo, pero sí propone matizar imágenes recurrentes de los sesenta que presentan a una sociedad ansiosa de cambios, sufriendo de “bloques tradicionalistas” impuestos desde arriba. Que esta imagen es incompleta lo confirma también la reconstrucción de las reacciones represivas—policiales y “civiles”—que generó la emergencia de la “fraternidad de pelilargos” en la escena pública. Apropiándose de un repertorio transnacional, de manera vociferante e iconoclasta procesaban un cuestionamiento a los modos del “hacerse hombre” de la Argentina de los sesenta, mientras ponían en entredicho el autoritarismo cultural y el ethos moralista de la denominada Revolución Argentina. En sus prácticas y en su retórica, el “pibe” sería la fuente de autenticidad y la garantía de una rebelión frente a las pautas de una sociedad que veían sumisa e hipócrita. Frente a esa sociedad se articulaba su contestación. Desde otros imaginarios y motivaciones, muchos varones y mujeres formarían parte de una heterogénea y cada vez más radicalizada cultura juvenil contestataria.